

Nuestro Primer Clásico Poético

EL LADO PROFUNDO DEL MAR, por Jacquelyn Mitchard, Editorial Atlántida, Buenos Aires, 1997, 382 págs. (Librería Antártica, Parque Arauco, \$ 8.590)

Beth Cappadora era una exitosa fotógrafa profesional y tenía un buen matrimonio, con dos hijos. Un día viaja con ellos a Chicago para participar en una reunión de ex compañeras de secundaria.

Mientras se registra en el hotel, deja a Ben —de 3 años— al cuidado de Vincent —de 7—. Esos escasos minutos de distracción significarán el extravío de su hijo, en cuya búsqueda se afana inútilmente. Sin embargo, éste reaparece luego de 9 años de dolor. La historia, sucesos editoriales en Estados Unidos, llegará próximamente a Chile en su versión filmada, teniendo a Michelle Pfeiffer en el rol protagónico.



Del Mar a la Montaña

Diego Dublé Urrutia, Editorial Universitaria, Santiago, 1997, 309 páginas.

por Gastón von dem Bussche

CUANDO murió Meriano Latorre, Pablo Neruda declaró que habíamos perdido a nuestro primer clásico. Su mundo criollista y rural confirma hasta hoy la calificación.

Hoy, relejendo la cuidadosa reedición de la obra completa de Diego Dublé Urrutia, evocamos y actualizamos a nuestro primer clásico poético. El trabajo de Jaime Quezada nos hace recorrer una producción que —regida siempre por una retórica magistral que, aun no siendo ya la nuestra— nos hace oír una voz vigente y admirable. Otros contemporáneos suyos alcanzaron la cumbre en alguna cuerda lírica: Pezoa Véliz en lo populista y social; Carlos Mondaca en la interioridad sentimental; y, temáticamente, el mosaico poderoso de un narrador, Baldomero Lillo, logra el tesoro testimonial y acusatorio de *Sub-Terra* y *Sub-Sole*. Latorre, también desde la narrativa, aporta desde sus *Cuentos del Maule* el trasunto rural de la realidad chilena.

Antecediéndolos a veces en algunos años, Dublé Urrutia reúne todas las líneas señaladas, en un registro



poético, sin embargo, de perfecta unidad. Un hondo sentido espiritual y ético subyace en cada momento a su poesía, sobre todo en los poemas finales. Pero el principal es su inolvidable «Fontana Cándida», poema mayor de estupenda visión moral de su vida, y

de la vida, del cual fue también Neruda quien no dijera que acaso este sea nuestro más alto poema lírico. En «Fontana Cándida» se resuelve sus Cantos del amor nativo al mar y la montaña —los dos polos emocionales de Chile— que siguen como vivendolos: «En el fondo del Lago», «Las Miras», «Un lanzamiento», primeros testimonios estos últimos de lacerante poesía emocional. También resurcan en «Fontana» aquellos idilios poéticos inolvidables, como «El caracol». Y en logro artístico pleno, su filosófico poema mayor se hombría con ese colmo de su limpio y sabroso nacionalismo, el «criollismo marino»: «La procesión de San Pedro en Talcahuano», ancha pieza magistral de donoso populismo y que todavía no encuentra parangón.

Como ejemplo de la admirable y vigente presencia de este clásico poético nuestro, he aquí el inolvidable comienzo de «Fontana Cándida», nuestro fino y gran canto a lo Horacio o a lo fray Luis de León:

“Para mí, nada pido
Dadme una rama de árbol, una rosa
y las tendré por mído...”

“Pobre es mi aldea, pero
a veces canta o se lamenta en ella
el universo entero...”